

Cuentos del paraíso de las islas 06-1.1

EL ASCENSO DEL SELLA
Hacia un programa ideal para un rector

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 09-01-2023
Número de páginas: 8
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.eu

Cuentos del paraíso de las islas

06-1

EL ASCENSO DEL SELLA

06.1.- Hacia un programa ideal para un rector

1.7. Despedida del rector J.B.; un concierto de rock.

INDICE:

1.- HACIA UN PROGRAMA IDEAL PARA UN RECTOR.

- 1.1. El rector Juan Bravo interpreta encuestas docentes con el método paranoico-crítico.
- 1.2. El encuentro de Juan Bravo con el emperador Marco Aurelio.
- 1.3. Juan bravo y sus asesores; Antón Dolores, el último teólogo.
- 1.4. "Y usted qué opina del aborto de las gallinas".
- 1.5. Juan bravo y sus asesores; Borondón el Babilónico o el Antiguo.
- 1.6. La muerte del cantante punki Picoletto.
- 1.7. Despedida del rector J.B.; un concierto de rock.

2.- EL ASCENSO DEL SELLA

- 2.1. El río Sella y la gran fiesta del carnaval de verano.
- 2.2. Hacia el mar por el mirador del Fitu, tras el juego de los abalorios.
- 2.3. La fuente del infierno en el puerto del Pontón.

Fin

06.1.- HACIA UN PROGRAMA IDEAL PARA UN RECTOR

1.7. Despedida del rector J.B.; un concierto de rock.

Con el nuevo curso – el verano fue de desbordante actividad – se lanzó uno experimental sobre Humanidades de un fin de milenio, similar a los impartidos para los jubilados y parados o desocupados sin más, especialmente dirigido a los grupos semi-marginales con más dureza gravados por el fracaso escolar. Desde historias de las técnicas y el cine a historias del rock and roll o antropología social, con optativas de carpintería a jardinería o informática. Produjo sorpresas gratas.

Pero J.B. estaba literalmente absorbido ya por los engarces a nivel de Consejo Mundial de Rectores, Rómulo Castro siempre a su lado de acá para allá, ambos ya ex-rectores de sus respectivas universidades. Fue el curso en el que el Dr. Bravo Gudunov se convirtió también en el ex-profesor de historia Juan Bravo. Con lo que ello supuso de ruptura y separaciones. El ingreso casi obligado – acelerado, no deseado aún, en absoluto – en la edad madura, siempre lo había de relacionar con esa circunstancia concreta.

La fiesta de despedida de la docencia y de su universidad culminó en un concierto multitudinario en la explanada nueva para concentraciones del campus, hermoso jardín botánico al fin. Tutifruti y Lilita, muy populares entre la gente, muy estimados por los que habían tenido alguna experiencia de viajes de conocimiento y de contactos, recibieron el encargo honorífico del Consejo de Estudiantes – ellos se incorporaban como su rector al Consejo Mundial, en su caso de Estudiantes – de seleccionar los grupos musicales que participarían en el macro-concierto.

Como un guiño a los gustos del rector J.B., para él como para ellos dos el último concierto con los suyos más próximos cerca, incluyeron a "Las Brujas Atómicas y sus Escobas Ecológicas"; a pesar de que tras media docena de actuaciones en la ciudad su manera de hacer música y sus mensajes habían sido desbordados por otras novedades y ya no gustaban tanto a la gente como antes. Efímera vida. Como la juventud. Como todo. La ecología, por otra parte, había dejado de ser un conflicto – para pasar a convertirse en un problema real del que todos eran conscientes – tras los perfiles diseñados para los viajes de conocimiento y de contactos y para la Operación Ulises; había dejado de estar de moda por lo tanto.

La Bruja Atómica primera, de pelo colorado, ex-alumna del ex-profesor, no podía faltar a la reunión de despedida, ataviada con sus mejores galas y pantis negros de los que más alergias le produjeran.

Pero, sobre todo, la atracción mayor era uno de los grupos más espectaculares de los recién nacidos, que planteaban su concierto como sin duda lo planteara un gran escenógrafo del Barroco con textos de auto sacramental calderoniano. J.B. no se quería perder el espectáculo desde dentro, desde la masa cada vez más enardecida a medida que discurrían canciones y gestos, hasta llegar al delirio final de saltos y danzas de marcado primitivismo, en las que todo refinamiento había desaparecido ya. Con gafas oscuras, unos calzones de sedilla negra regalo de Antón Dolores y una camiseta y gorra de visera de colores del

Consejo Mundial de Estudiantes, de las que se habían repartido a millares entre la gente, J.B. vagó por todo el recinto sin apenas ser reconocido y, mucho menos, abordado.

La esperanza de demostrar... ¡oh! Ningún sistema axiomático puede producir todas las verdades relativas a la teoría de los números, salvo que se tratara de un sistema no coherente... Si se pudiera demostrar la coherencia de los 'principia matemática' de Russell/Witehead, por ejemplo, usando sólo métodos de los 'principia matemática', entonces esos mismos 'principia matemática' resultarían no ser coherentes... Juan Bravo pensó en Cervantes. Prodigiosa su mente analítica modernísima. ¿No está hablando de coherencia de un sistema cuando afirma que a los musulmanes "no se les puede dar a entender el error de su secta con las acotaciones de la sagrada escritura ni con razones que consistan en especulación de entendimiento; ni que vayan fundadas en artículos de fe; sino que se les han de traer ejemplos palpables, fáciles, inteligentes, demostrativos, indubitables, con demostraciones matemáticas que no se pueden negar. Como cuando dicen: 'si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan también son iguales'; y – cuando esto no entienden de palabra, como en efecto no lo entienden – háseles de mostrar con las manos y ponérselo delante de los ojos. Y, aún con todo esto, no basta nadie con ellas a persuadirles las verdades de mi sacra religión" (Q,I,33).

J.B. volvió a la realidad de una explanada abarrotada de gente que coreaba a un desgarbado y desgreñado mozarrón rubio que hacía piruetas inverosímiles con una guitarra eléctrica en el centro de una humareda de colores, haces de luz que nacían de poderosos cañones lumínicos y una enervante percusión de contragolpe poderoso. Gran espectáculo barroco y abrumador. Para presentar las verdades de otra sacra religión. La exaltación de la vida.

"Mueve tus caderas cuando todo vaya mal", voceaba – casi berreaba – el gigante rubio saltarín mal contenido en una especie de bañador decimonónico de franjas verticales rojas y blancas que resaltaban su estatura. Juan Bravo captó el sentido de aquel primer acto del espectáculo musical – o total, mejor, bellissimo y poderoso –, afirmación de vida y ritmado oleaje de cuerpos en plenitud de – tal cual eran – estar aquí.

"¿Qué significa saber? Conservar sed de vida en los ocasos" – recordó J.B. del viejo maniático Cioran –. "Sed de vida", digna expresión de un paisano de Drácula, no recordaba si de Transilvania o de por allí. El mito Drácula es más verdad que el hombre transilvano. O francés o hispano.

Cuando se disolvió entre acordes musicales estridentes la humareda de colores, a la luz de los cañones luminosos, fantasmagóricas masas que se desplazaban sin fin, apareció de

telón de fondo la especie de bandera o mascota del grupo estrella de la noche, una cabeza de felino negro con ojos terribles de agresiva fijeza y una dentadura blanquísima y aguda que enmarcaba un fondo rojo que se iba oscureciendo para darle profundidad a las fauces abiertas. Y los saltos del gigante cantor semejaron entonces el trance antiquísimo del brujo de la tribu enervado ante su dios terrible y las gentes para quienes era mediador e intérprete de anhelos.

El rector J.B., inmóvil desde un ángulo de la amplia explanada divisó a lo lejos un perfil acrestado – idéntico al Pikoletto desaparecido –, serio y enjuto, que en un momento de intensidad acústica especialmente pasional parecía iniciar un signo de victoria con los dedos índice y corazón de la mano izquierda, el brazo en 45 grados para enviar un beso que pasase a través de la V de sus dedos hacia el escenario iluminado. Espontáneas ternura y desamparo unidas, así en femenino, delicadas. Pura visión de pura vida.

Pero aquel bárbaro cantor y saltarín parecía ahora iniciar un segundo acto bajo el lema terrible de "jugamos con objetos cortantes".

"Subrutina recursiva". Recursividad entrelazada, ¿"elemento sustancial" de la inteligencia? La persecución sin fin del sexo y del amor.

Eso era: la clarividencia. Como aquel día que había conseguido que el Pikoletto lo comprendiera. Le había llegado con una canción para su grupo con una letra muy sentimental de un pobre mendigo que moría en un banco de un jardín y llegaban las moscas y se lo comían porque sus heridas ya eran pura gusanera. Caramba, con la imaginación del muchachito. Claro que su "angustia existencial" – que decían los pijos ilustrados – no contaba con vivencias suficientes vitales para encauzarse y crear imágenes más convincentes.

- Si te gustan las vísceras y la sangre como imagen atractiva para tu estética, puedes describir con minuciosidad un perro desventrado o la sensación de manipular con tus manos sus intestinos y experimentar el baño en una bañera mediada – o a tres cuartos para que no desborde – de vísceras de matadero. Sólo así una canción tuya con esa imaginaria cobrará fuerza, tendrá alma, ¿comprendes?

Luego pensó que tal vez se sobrepasara con el chico. Pero al cabo de poco tiempo le apareció con una canción mucho mejor en su expresión, como más madura de recursos técnicos, hasta dejar el mensaje literario en una ambigua vaguedad. Fue en el inicio de su conocimiento, poco antes de su viaje a Venecia un par de años escasos antes de su elección rectoral. A la vuelta de Venecia se lo había encontrado crecidísimo y volvió a reiniciar la vieja costumbre de visitas al atardecer casi a diario. Enseguida captó que era uno de los innumerables nómadas en busca de pistas, de vagas paternidades pudiera decirse.

Como siempre, a lo largo de la historia, fallaba el padre. El Gran Padre había sido un fracaso, conducía al desastre. En todas las reglamentaciones – "Requisito de formalidad": "no se debe proceder al margen de las reglas" – se había intentado terciar con medidas que castigaban al que no cumplía bien ese papel y premiaban con suculencia a quienes ejercían ese papel con rigor; no se les ocurría lo más elemental para poder crear mecanismos

sustitutorios – que se intentó: hasta aquellas brutalidades de "estados" financieramente anacrónicos –, lo más elemental y sencillo que era eliminarlo por las bravas. Casi, casi, como las abejas a sus zánganos. No se les ocurría porque iba a significar el fin de su privilegio. Era el primer refinamiento errado de la brutalidad. El gran peligro era el reino de las Amazonas, bravas y desdeñosas.

Y ahora había surgido una amplísima generación de niños sin padre. Así, en busca de padre, gurú o patrón. Y de niñas en las mismas circunstancias. Que comenzaban a despertar y formaban redes horizontales de coetáneos casi espontáneamente convertidas en germen de red clientelar generadora de su propia economía sumergida.

A ello se refería sin duda el cantor cuando, ya el intermedio terrorista tras la primera exaltación del cuerpo, repetía obsesivo: "Papa Noel ha muerto asesinado; Santa Claus ha muerto empalado; el rey Gaspar ha muerto descuartizado; los niños ya no tienen a quien pedir los regalos; el Ratoncito Pérez es seropositivo: se lleva los dientes de los niños con el virus. Los reyes son los padres, pero están divorciados. Tu madre es una puta, tu padre es un borracho... Los reyes son los padres, pero están arruinados..." El final de aquella tragedia era la catarsis de la enumeración de las nuevas drogas, el jaco/burro, el porro, la raya, la pildorilla, con un recitativo de encantadora coherencia: "Esa alegría especial del loco o del vidente insomne, ese juego gozoso del cerebro que se expande y estalla, cracatoa, es la dicha más alta y elevada que nos es permitida en este absurdo, emocionante y pleno fin de milenio".

Y hubo como un apagón y una ausencia absoluta de sonido durante unos segundos, antes del revuelo de la nueva irrupción y general sobresalto: "Juguemos con objetos punzantes, juguemos con objetos cortantes, que se abra la carne, que salga la sangre".

Redes clientelares de niños apátridas.

Y cada vez más degradadas, hasta el extremo de los coco-bola – o coco-nada, como decía el Tuti –, bestezuelas sin apenas perceptible capacidad de raciocinio. Carne de locos y de asesinos como no se lograra canalizar hacia algo creativo su capacidad de acción, su sed de hacer algo con su cuerpo poderoso, de jugar sin más como actividad más humana. Al final, verdugos latentes de todos los pikoletos posibles cuando se aplicaban a experimentar sin análisis moral alguno su "jugamos con objetos cortantes". Era un lenguaje que los tiempos recios hacía comprensible a todos por mecanismos intuitivos, semigenéticos casi para un determinista.

El cantante saltimbanqui recurría a sus registros más agresivos y broncos para vocear su amenaza tremenda, enmarcado por las fauces abiertas del Gran Felino. "Juguemos con objetos cortantes, juguemos con objetos punzantes, que se abra la carne, que salga la sangre".

Habían sido educados en una mayor racionalidad – al menos aparente –, en unos valores morales-ecológicos determinados que ellos veían que todo el mundo se saltaba a la torera hasta niveles desesperantes – aquellas catástrofes ecológicas repetidas y aquellas catástrofes financieras portadoras de hambrunas en amplias zonas –, enloquecedores para una mente infantil. Y les asaltaba el presentismo y la fragmentariedad, la escisión entre el ser y el deber ser, así en dramático. Hasta el presentismo derrotista máximo – "Todos a comer y a follar que son dos días" – cuyo más excelso después encerraba el misterio del sexo y el amor para una mente infantil.

Y aquel monstruo saltarín parecía en el culmen de la amenaza de los descontentos: "No hay nada mejor para el dolor que las tenazas y el destornillador; paragüero, afilador, carpintero, carnicero, zapatero remendón, decide ya tu profesión... Juguemos con objetos punzantes..."

Y de nuevo el subidón del delirio surreal envolvió a J.B. como por ósmosis: "Pinche de cocina en la escuela de fakires para hacer pinchos morunos con puercoespines, el revuelto de cactus con alfileres deja a gusto al más exigente: ¡la razón la tiene siempre el cliente!". Delirio surreal de menestrales y camareros similar a los delirios de los campesinos alemanes destrozados por los luteranos de primera hora. Previo al gran vuelco del cantor que al rector aturdido dejó más aturdido aún: "Pínchame en un ojo, pellízcame las nalgas con erizos de mar y peces espada, clávame anzuelos en la garganta". Sicarios y castigo. "Por coronas de espinas, clavos y lanzas hay más de uno que entrega su alma. Ya lo decía el Santo Oficio: torturar herejes no es un vicio, hay que usar más el cilicio". Demoníaca clarividencia.

El cantor se arrojó al suelo – "que se abra la carne y brote la sangre" – y un cañón de luz dejó iluminado únicamente al Gran Felino con las fauces abiertas y sus dientes como puñales blanquísimos.

"Llegará. Lo sé.
Cuando llegue la nieve,
memoria de amor".

Recordó el rector el viejo falso haiku y se desvaneció.

No quiso que le llevaran a su residencia. Había extraviado las gafas de cristales color azafrán que le habían prestado una tonalidad aún más irreal a la noche de concierto en la explanada. También desapareció, con el desvanecimiento, la gorra de visera con los colores del C.M.E. Afirmado entre dos vallas de seguridad, siguió la última fase del gran teatro intemporal que habían dado en acoger – como si de una suerte de patrocinio se tratara – bajo una vieja pintada okupa: "malos tiempos estos en los que hay que luchar para defender lo evidente". A J.B. le fascinó la ocurrencia. Y un abanico de rítmicas sacudidas – desde "¡viva el vino! ¡viva el dinero!" al coral "ellos dicen mierda, nosotros amén...",

amén..., ¡a menudo llueve!", y al grito final (la percusión atornillando a los cuerpos su ritmo casi tirano) "¡no puedes dejar el rock!" – terminó de perfilarle sus ellos y nosotros nítido en aquel espectáculo que tocaba a su fin en una explosión de tracas y fuegos de artificio que terminaron por ensordecir a la multitud. "Mensaje Recibido", musitó el rector. Y se dejó conducir en auto – esta vez sí – a la residencia elegida para su última noche en la ciudad.